

minaba todo el cuadro, como un rayo de sol al atravesar una nube sombría. Y aquella mujer, era Teresa. De todas las tentativas de ejecución del pintor, una sola había llegado á buen punto; el retrato de la mujer que llenaba su pensamiento. Como si todo lo que no fuera Teresa no existiese para Mels más que en estado de vaguedad, su mano sólo tuvo habilidad para pintarla á ella. Todo lo demás, bocetado con empeño, pero con resultado negativo, no existía, habiendo escapado al esfuerzo de voluntad del maestro.

Y ante los ojos de Ténéran aparecía la trágica prueba de la rápida impotencia de su amigo. Aun sabía concebir, mas no sabía realizar. Era como el espantoso hundimiento de una gloria entre los oscuros y hondos abismos de la esterilidad. La impresión de Ténéran era tan intensa que Mels no se tomó siquiera el trabajo de explicarse. Sólo dijo con tono lastimero:

—¡Ya lo ves! ¡Así estoy! Yo, á quien se criticaba la excesiva facilidad. El rey de los improvisadores, como decían, me he vuelto el vacilador por excelencia. Voy á tientas, busco y no encuentro. Mi mano hace traición á mi idea, mis ojos se quedan perplejos sobre el tono que deben adoptar. En fin, yo que «sabía» tan bien ¡ya no sé nada!

Ténéran replicó con fuerza:

—¿Pero no ves esta figura de Teresa? ¡Es una obra maestra! El que ha trazado estos

rasgos tan delicados, y acariciado los tonos exquisitos de este semblante, está seguro de sí. No va á tientas. ¡Triunfa magistralmente!... ¿Quién sería capaz, fuera de ti, de pintar esta figura de mujer?

—¡El que me la ha quitado! No he sido yo quien ha pintado esta figura... Mejor dicho, mientras la pintaba no era yo. He tenido una especie de crisis durante la cual una violenta exaltación redoblaba mis facultades. No sé qué fuerza superior guiaba mi mano... Y pintaba, pintaba, sin esfuerzo, sin vacilación, sin cansancio... La figura quedó acabada en pocas horas y no pude dejar los pinceles antes de que lo estuviera... Y seguía pintando, pintando, ni yo sé cómo... Una potencia misteriosa me sostenía, me exaltaba... Mi frente se empapaba de sudor, mis dedos temblaban... Llegó la tarde, después de la tarde el crepúsculo, y á través de la sombra seguía trabajando, como si fuera innecesario que viera lo que hacía... Caí exhausto, mi tarea estaba terminada. No pensé siquiera en comer. Solo, encerrado en mi taller y sin contestar á mi ama de llaves que me llamaba, me quedé dormido en este canapé. El día siguiente, al despuntar la mañana, vi resplandecer en la tela esta divina figura... Tienes razón, es una obra maestra... lo sé perfectamente... Pero ¿de quién es?

—¡Tuya! —exclamó Ténéran.— Y si tú quieres acabarás todo el cuadro del mismo

modo que has acabado este fragmento. Te basta con trabajar...

—¡Oh, si trabajo! No descanso un momento. Consumo en el trabajo los días enteros... Por la noche vuelvo á cubrir con esta cortina el trabajo del día, y á la mañana siguiente, con desesperación observo que nada se sostiene, que todo es incoherente, mal hecho ¡y lo rasco, lo rasco siempre!

—¿Y quién te dice que no te engañas?

—Mi sentido crítico que ha sobrevivido á mis facultades creadoras, y que seguro y sincero, no me deja ilusionar... Estoy perdido, Ténéran... Con Teresa se ha marchado también mi inspiración... Mi cuerpo se ha quedado aquí, pero mi espíritu está con Mayrault... El es el grande artista ahora. Posee el vigor, la sensibilidad, la juventud... Robándome á Teresa, me ha robado mi talento... Se levanta ya, muy alto, muy brillante sobre el horizonte y pronto brillará en el cielo... Y yo, yo bajo hacia la sombra... Yo ya no siento, ya no veo, ya no puedo ejecutar... ¡Ha llegado el término de mi vida artística!

Las lágrimas caldeaban sus demacradas mejillas, y Ténéran, con el corazón oprimido, dióse cuenta de que su amigo decía la verdad y que estaba perdido. Y no quiso rebajarse á ofrecerle triviales consuelos. Comprendía que para un hombre de su talento eran inútiles las palabras de aliento. Si no realizaba sus concepciones, era que la llama se había

extinguido en él. Pero su espléndido pasado merecía respeto y cariño. Como aquellos caballos de raza, creados para las grandes carreras y los vigorosos esfuerzos de la carrera, que al cojear, se les mata, antes que deshonrarles con un trabajo vil, Mels estaba hecho para caer de una vez y no para arrastrarse entre las impurezas de una producción vulgar. Dentro de su misma debilidad aparecía aún grande y noble renunciando á la lucha.

Ténéran no quiso dejarle solo, y le habló con dulzura, meciéndole entre los recuerdos, y después de una larga vela, al penetrar la primera luz de la aurora por la claraboya, fatigados ambos, se acostaron fraternalmente en el mismo cuarto, y se durmieron conversando.

Mels se calmó con la confesión que había hecho á Ténéran. Desde entonces habló libremente del estado de su espíritu, buscando analogías con otros hombres ilustres. Ténéran le citó algunas:

—Rossini, en pleno triunfo después del *Guillermo Tell*, que es sin duda alguna una obra maestra, renunció á componer... ¿Comprendía acaso que había dado cuanto podía dar de sí y que ya no haría nada mejor?

—Sí—dijo Mels,—pero todos los pintores mueren con el pincel en la mano...

—¿Y el hijo de Ticiano?—replicó Ténéran, con fingido buen humor...—Ya conoces los versos de Musset:

Y dejó de pintar desde aquel día
No queriendo ilustrar á otra mujer.

Ya lo ves... dejó de pintar.

—¡Ah! ¡Era el hijo de Ticiano al fin!...
Y después, esto lo dice Musset. Pero no es
más que un efecto literario...

—¿Y acaso en nuestros tiempos, no es todo
efecto literario? Nuestras costumbres son una
pura farsa literaria. Pensamos y obramos en
vista del juicio que formará el público infor-
mado ¡Dios sabe cómo! por los periódicos.
Constantemente nos parece que un ojo enorme
se fija en nosotros para juzgar lo que hacemos.
Y ese ojo es el de la opinión pública. ¡Cuán-
tas tonterías, locuras y crímenes se cometen
bajo la mirada de ese ojo! ¡Cuánto más tran-
quilos no estaríamos si supiéramos que no
nos miran! Y las únicas personas superiores
son las que se burlan de aquella mirada ó las
que cubren valientemente aquel ojo. Entonces
se hallan en disposición de obrar según sus
conveniencias, sin preocuparse de lo que pue-
da decirse. ¡Algo es algo! ¿Qué influencia ha
de ejercer sobre un hombre honrado la opi-
nión de algunos impertinentes que se atri-
buyen el derecho de juzgarlo y de resolverlo
todo? Sin embargo, es incontestable que las
tres cuartas partes de extravagancias que se
cometen diariamente se inspiran en la nece-
sidad de exhibirse ante la platea. ¡Qué mi-
seria!

Ténéran, al paso que filosofaba con Mels
para levantar su decaído espíritu, se preocu-
paba con interés del estado físico de su ami-
go. Veíale muy cambiado. Condujo á la ave-
nida de Villiers al doctor Appel, un joven
médico de los hospitales, muy inteligente,
muy desdeñoso de la terapéutica actual y afi-
cionado, por lo tanto, á resolver todas las
cuestiones médicas sin recurrir á la absorción
de medicinas. Habló con Mels, lo observó
con cuidado, y después de haberse hecho ex-
plicar directamente los fenómenos cerebrales
que se manifestaban, formuló á Ténéran su
juicio de este modo:

—Se trata de un neurasténico cuya pérdida
vital es considerable. Yo no atribuyo absolu-
tamente su debilidad á causas puramente fí-
sicas. Ningún órgano esencial aparece lesio-
nado. Pero las energías psíquicas están gra-
vemente perturbadas. Si desea usted restable-
cer el principio vital de su amigo, nada más
sencillo. Hay que llevarlo á un país distante,
como la Cerdeña, por ejemplo, ó la Córcega,
hacerle vivir una vida puramente animal, á la
orilla del mar, entre los pescadores, no pensa-
ndo en nada, cansándose mucho, y abusando de
una nutrición fosfatada. Si puede usted man-
tenerlo, durante un año, en esas condiciones,
yo le respondo de que lo traerá curado, y
volverá á pintar, con igual facilidad que an-
tes, admirables cuadros.

—¡Gracias!—dijo Ténéran, estrechando la

mano de Appel.—Usted acaba de confirmar científicamente, lo que yo imaginaba. Pero el sistema que usted preconiza es precisamente el único al que Mels no se sujetará jamás.

—¡Entonces, está perdido!

Mels, cuando volvió á ver á Ténéran, le preguntó, entre burlas y veras:

—¿Qué tal? ¿qué te ha dicho tu joven Esculapio?

—Que estás fuerte como un roble y que nos enterrarás á todos.

—¡Peor!

—Únicamente parece que tienes sacudidas nerviosas, como una mujer.

—O como un antiguo volcán próximo á extinguirse.

Dió una vuelta por el taller con cierta gallardía, y añadió:

—Yo ya no se pintar. Pero me parece que aun sé dibujar. Siéntate allí, voy á hacer un estudio de ti, por el estilo de los que dibujé en mi juventud... Ya sabes que guardo en mi cartera millares de dibujos que son tal vez lo mejor que he producido... Cuando se haga la venta de mis obras, vigila aquellos dibujos. Valen mucho dinero... Entonces, cuando los vean, me harán justicia sin duda...

Púsose ante su caballete y en una hoja de papel blanco, con lápiz negro, tiza y sanguina, ejecutó durante la tarde un retrato de Ténéran sobrio, precioso, espléndido, como un Alberto Durero. Cuando terminó, leván-

tóse Ténéran, fué á sentarse frente al caballete, y con el tablero encima de las rodillas, examinó con detención la cabeza magistralmente hecha que tenía ante los ojos. No pronunció una sola palabra: pero una lágrima se deslizó por su mejilla cayendo en el papel. Mels no lo notó. Se había tendido en el diván y fumaba con aire indiferente. Apenas si se volvió cuando Ténéran le dijo con voz conmovida:

—Si no hicieras otra cosa que estudios al lápiz, no por ello serías un artista menos digno de admiración. ¿Qué pintor hay actualmente, capaz de ejecutar una cabeza con tanta maestría?

Mels soltó una bocanada y respondió:

—¡Mayrault!

Ténéran se irritó, dió una patada, y con vehemencia:

—¡Ea! ¡deja ya á Mayrault!... Es Mayrault ¿qué duda tiene? ¡Y esto basta! ¡Pero tú eres Mels! ¡Vive Dios! Yo sé muy bien lo que has hecho en treinta años... Pero yo no sé lo que hará. ¡Tal vez se quede por el camino! ¡Cuántos artistas han dejado de realizar sus promesas!

Los labios de Mels se contrajeron con amargura:

—Subirá tan alto como promete. Tiene, para empujarle en su carrera, la fuerza á la que nada resiste: ¡la voluntad de triunfar á los ojos de una mujer amada y que le ama!

Permaneciendo sólo, hubiera podido quedarse á mitad del camino de la gloria. Pero él sientte sobre su hombro, para guiarle, la mano de Teresa; en sus miradas, para iluminarle, lleva los ojos de Teresa; y sobre su corazón, amigo, para prestarle inspiración sublime, lleva el corazón de Teresa.

Y exhaló un doloroso suspiro. Ténéran, vencido por la intensidad de aquel dolor no respondió, y ambos á dos permanecieron tristes y silenciosos.

Una semana después, tuvo lugar el regreso de Mayrault y Teresa, tan pérfidamente anunciado por la condesa de Terrenoire.

Los diarios dieron la noticia. Pero los jóvenes se habían presentado ya en casa de su viejo maestro y habían hallado la puerta cerrada. Mels y Ténéran partieron para el Havre el día anterior. La vieja Prudencia, interrogada por Teresa, dió, respecto de la salud de su amo, detalles completamente tranquilizadores: «El señor trabajaba todos los días en su gran cuadro. La señorita Bazin y el señor Ténéran le habían acompañado, desde que se marchó Teresa. Salía todas las noches, volvía temprano y se levantaba muy tarde.»

La joven no pudo sacar nada más de la buena mujer, que no había penetrado el secreto de su amo, ignoraba sus desdichas y confundía la regularidad de su vida con la tranquilidad de su corazón. Aquellos informes calmaron su inquietud. Y Celia, voluntaria-

mente, acabó de darle una falsa seguridad ocultándole, para no perturbar su dicha reciente, lo que ella sabía de las tristezas de Mels.

El joven matrimonio se instaló, pues, en la casa de Montmartre, al finalizar el verano. Todo era para ellos motivo de alegría. Después del movimiento del viaje, de la actividad de las visitas á los museos y del traqueteo á través de los monumentos, la calma de su existencia en el gran taller, en medio del frondoso jardín, cuya cerca, coloreada de púrpura por la vid salvaje, parecía separarles del resto del mundo, fué un descanso delicioso. No salían nunca, y trabajaban, él en su admirable *panneau*, casi terminado ya, y ella copiando flores suntuosamente pintadas. Mirábanse, se hablaban y se amaban, con una dulzura y un placer sin igual.

El regreso de Mels y Ténéran, á favor de aquella completa claustración, pasó inadvertido para ellos. El viejo maestro, al entrar en su casa, supo por su ama de llaves la visita que Teresa le hizo y el encargo de que la avisaran cuando volviera Mels. Estas noticias parecieron dejarle muy frío. Oyólas con afectada indiferencia, y murmuró entre dientes:

—Tendré que ir á verles á Montmartre. Así pues, no dé usted aviso á Teresa de mi vuelta á París.

La anciana Prudencia declaró más tarde que le había parecido, dado el tono con que

habló su amo, que consideraba aquella visita como una pesada obligación. El día siguiente lo pasó Mels en su estudio, fantaseando y trabajando. Hizo otra tentativa para apoderarse del color, y se obstinó en buscar armonías de tonos que parecían escapársele. Rascó otra vez con rabia lo que había hecho, y oyendo que daban las cinco, tomó su bastón y su sombrero y salió.

Recorrió á pie los bulevares de las Batignolles y de Clichy, llegó á la calle Lepic, volvió hacia la calle de las Abadesas, y por la escalinata que sube al Sagrado Corazón, ganó las alturas de la colina. El sitio se hallaba casi desierto. La casa de Mayrault estaba allí cerca. Penetró en un callejón que conducía á una puertecita cerrada por una reja, que se abría en el cercado del jardín y se disponía á entrar, cuando oyó dos voces que hablaban en un cenador cubierto de verdura, que dominaba el camino y terminaba la terraza. Y aquellas dos voces eran las de Mayrault y de Teresa.

Los jóvenes, encerrados en aquel frondoso y tranquilo retiro, no podían ver al visitante que se había acercado sin ruido. Ambos volvíanle la espalda y contemplaban, por encima del declive que baja hasta la plaza de San Pedro, la ciudad que se desvanecía como nube cenicienta entre los últimos resplandores del sol próximo á trasponer el horizonte. Acostumbrados á la soledad de aquel lejano sitio, no podían sospechar que alguien les oyera, y

mucho menos que es alguien fuese Mels. Así pues, no se reprimían y hablaban sin ninguna reserva.

Mels, desde el primer instante, oyó pronunciar su nombre. Palideció y acercóse más aún. En aquel momento su cuerpo se apoyaba contra el vallado cubierto de encarnadas hojas, y encajado en una especie de nicho que formaban las ramas de acre perfume, escuchaba, con toda su atención, lo que decían á su lado:

—Es absolutamente necesario que vaya á ver á mi maestro—acababa de contestar Mayrault.—Debe causarle ya extrañeza que no me haya visto aún... ¡Oh! ¡Me será muy doloroso! ¿Pero cómo dispensarme de ello?... Tú, tienes todos los privilegios de la mujer, tú puedes causar pena impunemente... ¡Pero yo!... ¡Yo tengo muchas cosas de que reconvenirme respecto á él!

—¿Pero cuáles? — preguntó Teresa, con ironía.

—¡Toma! ¡Haberte robado! ¿No te parece bastante?

—No se roba jamás á una mujer. Es ella la que se da. Nadie podía disponer de mí, sino yo misma. Te amé... ¿Qué crimen cometiste? ¿Y qué agravios ha recibido Mels de ti?

—Ninguno, ya lo sé. Pero no siempre nos ofenden agravios recibidos... A veces nos los forjamos... ¡Y son los mayores!... Un pobre hombre envejecido, que se hace todavía ilu-

siones, sufre mucho más cruelmente al verse desdeñado que un joven que siente afluir en él todos los entusiasmos de la vida... El primero se da cuenta de que sufre un desastre irreparable... El segundo tiene derecho á confiar en el desquite, y esto le consuela. La mujer que ha dicho: no, ya sea á éste, ya á aquél, era libre de rehusar, y haciéndolo, ha hecho uso de un poder incontestable. Pero no es menos cierto que, en un caso, ha sido mucho más cruel que en el otro, y que el viejo aspirante, que fundara en el amor de una mujer su última esperanza de felicidad, queda autorizado, y esta es la causa de mi pena, á conservar contra su preferido rival ciertos agravios que tú puedes negar, pero que no son por ello menos poderosos. En nuestro caso, el preferido soy yo; yo sé que mi maestro se considera desdichado, y me duele, porque le quiero.

Las ramas del vallado temblaron, de repente como si un soplo huracanado las hubiera sacudido. En el aire tranquilo sonó como una especie de lamento. Daniel y Teresa prestaron oído, sobresaltados. Pero volvió á reinar profundo silencio. El rumor confuso de la ciudad expiraba en las verdes murallas de aquel jardín. Mels se callaba para no descubrir su dolor. Ambos esposos volvieron á recobrar su tranquilidad. Ningún nuevo indicio les permitió suponer el crimen moral que estaban cometiendo en aquel instante, en

aquella hermosa tarde de verano, conversando con toda la ingenuidad de su imaginación. Teresa respondió á Mayrault, con una risotada que desgarró el corazón de Mels:

—Si tan desgraciado eres porque he preferido vivir contigo, en esta casita de Montmartre, y no en el rico *hôtel* de la avenida de Villiers, devuélveme á donde estaba... No quedaría abandonada por esto. Mi maestro me volvería á tomar, créelo...

—No, ángel de mi vida, yo te guardo, porque eres la condición indispensable de mi existencia, porque mi inspiración halla su origen en mis ojos. ¿Qué sería de mí si no te tuviese para animarme, para aconsejarme en los días de fiebre, y para consolarme si llegaran á venir los días de postración? Yo sé muy bien lo que vale mi tesoro, Teresa. Y precisamente porque lo sé compadezco al que lo ha deseado, como yo, y no lo ha podido obtener. Yo presiento ¿ves?—no sé cómo explicarme—que hemos causado á Mels un daño irreparable... Temo que el golpe que ha recibido sea más grave de lo que ha dejado traslucir... El es orgulloso... Y ha ocultado su herida. Pero le sangra por dentro. Y esas llagas ocultas son las más dolorosas... Mels á pesar de su exterior ligero y malicioso, es un corazón tierno y sensible... Le conozco perfectamente... Por esto no puedo pensar sin angustia en el momento en que volveré á verle.

—¡Ah! ¡no exageres tu tormento! Todo se arreglará... Las tres cuartas partes de las dificultades que encontramos, nos las creamos nosotros mismos... Yo te pregunto ¿por qué te calientas el cerebro inventando desdichas que no existen tal vez más que en tu imaginación? En suma, si Mels me propuso casarme con él fué por que quiso, según me explicó con mucha dignidad y afecto, asegurar mi porvenir. Cuando nos casamos se portó muy noblemente, como un padre...

Daniel se echó á reir.

—¿De qué te ríes?

—¿No era propio de su edad?

—¡Pues yo me temo que aun se haga ilusiones!

—Las que le han imbuído esas malas pécoras de mujeres del gran mundo, entre las cuales vivía...

Teresa frunció las cejas é hizo un ademán de amenaza.

—Como la condesa de Terrenoire...

—¡Daniel! si hablas de esa mujer, vamos á incomodarnos.

—¡Cómo! ¿Podrías estar celosa de ella?

—¡Es que sé de lo que es capaz! Ella fué la que estuvo á punto de lograr que le quitaran á Mels la decoración del Palacio para dártela, mientras tuvo esperanzas de conquistarte, y la que intrigó en sentido contrario cuando vió que no querías nada con ella... ¡Ah! si nuestro maestro triunfó, jamás sabrá ni por qué ni cómo.

—El caso es que triunfe,—dijo Mayrault con voz grave.—Y si puedo contribuir á ese resultado, sería una inmensa satisfacción para mí. Ya sabes con qué entusiasmo trabajé en el boceto expuesto por él... Si quiere dejarme participar á la ejecución del cuadro, pondré todo cuanto yo sepa... ¡Ah! si le pudiese devolver en gloria lo que le he robado en alegría, sería mi mayor desquite. ¡Me parece que me libraría de una deuda y que mi conciencia quedaría más tranquila!...

—¡Oh! mi bueno y noble Daniel,—exclamó Teresa.—¿Cómo hubiera podido dejar de amarte? Sí, tú eres el grande artista, generoso y desinteresado... Sí, tú acudirás en socorro de las desfallecidas fuerzas de nuestro viejo maestro, y como la primera vez, yo te ayudaré... ¡Así te deberá su último rayo de gloria!

Luego reinó silencio. Sólo la brisa, entre el ambiente obscurecido por el ocaso, murmuraba á través de las ramas. Después la joven pareja, amorosamente enlazada apareció en la terraza, sobre la que descendía la frescura de la noche. Teresa y Daniel andaban muy juntitos, uno al lado de otro, con un paso cadencioso que revelaba el acuerdo de sus movimientos, perfecto como el de sus ideas.

Mels, al abrigo del vallado, veía como se alejaban, destacándose sobre el cielo rojizo del ocaso, y le parecía que se agrandaban, que crecían como gigantes hasta ofuscar el

horizonte, mientras él, en la sombra, iba empequeñeciéndose, desapareciendo hasta dejar de existir. Y suspiró profundamente. La conciencia de su abandono, de su caída, le oprimía el corazón. Dirigió á los jóvenes que continuaban su ascensión hacia la luz, una postrera mirada. Y con la cabeza baja, con la tristeza de la muerte, se alejó.

En aquellos cortos instantes que acababa de pasar allí oyendo aquellas confidencias tan llenas de cariño para él, pero al mismo tiempo tan crueles, perdió sus últimas ilusiones. Se había visto juzgado, moral y materialmente, por aquellos dos jóvenes que le amaban. Un supremo orgullo le hizo erguir, murmurando:

—¡Compadecido, jamás!

Llegaba entonces á lo alto de la escalinata que, por medio de escalonadas pendientes, baja hacia París. Detúvose en el borde de un pretil que domina la calle á unos cuarenta metros de altura. Púsose de codos en la piedra, clavando los ojos en el horizonte y permaneció así largo rato, fantaseando. El crepúsculo vespertino se extendía á su alrededor. Las cosas iban tomando formas indecisas. Un vapor azulado envolvía París, y las cúspides de los monumentos que sobresalían de la masa de piedra, se obscurecían. De pronto, el disco sangriento del sol se ocultó detrás de las colinas. El cielo palideció, se puso amarillento, después verde, con tintes cobrizos, y por fin



se oscureció como metal después de la fusión. Alrededor de Mels reinaba completa soledad y la sombra se iba haciendo profunda. Las luces de gas de la plaza empezaron á brillar en la obscuridad como luciérnagas, y Mels prorrumpió en un doloroso lamento.

Vió dentro de sí sólo negrura, como antes sus ojos. Se sintió exhausto. Pensó lo espantoso que sería sobrevivir á sí mismo y ser objeto de piedad por cuantos le habían temido y envidiado. Dirigió una postrera mirada hacia la altura donde se extendía el jardín, la terraza y la casita en la que resplandecía entonces la felicidad y la gloria. Murmuró un voto de felicidad dirigido á los jóvenes, que Dios acogió seguramente como una oración. Y así como momentos antes el gran disco sangriento del sol se había hundido en la noche, él cerró los ojos, se hundió en el vacío y se dejó caer en brazos de la muerte.

FIN

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apl. 205 MONTERREY, MEXICO



